

«Para Magdalena.»

Cerró despues las tres restantes y las ocultó en el bolsillo de su levita, dejando la otra encima de la mesa, y cogiendo el sombrero se dispuso á salir de casa; pero en aquel momento la campanilla de la puerta le hizo dar un salto. ¿Quién llamaba?..... La portera no podia ser, porque tenía su llave, ante la que la puerta se abria sin necesidad de que llamára.

—Sea quien quiera, dijo; y como iba á salir, abrió.

El caballero que, con su gran levita abrochada hasta el cuello y su gran sombrero calado hasta las orejas y su gran baston, parecia un buen hombre, se le puso delante cerrándole el paso.

—¡Ah!..... exclamó Miguel sorprendido.

—Si estorbo me retiro, dijo el caballero entrando y cerrando la puerta.

—Nada de eso.

—Entónces, amigo mio, paso adelante.

Y sin más ceremonias se fué derecho á la sala, seguido de Miguel, que iba diciendo:

—Aunque pobre y pequeña, está V. en su casa, señor.....

—Bah, exclamó el buen hombre, ya ha olvidado V. cómo me llamo, y eso que esta madrugada al despedirnos en la calle le dejé una tarjeta, en la cual ha podido leer en letra menudita pero clara *A. Gil y Agudo*.

—En efecto, afirmó Miguel, que no habia leído la tarjeta ni habia vuelto á pensar en ella.

El Sr. Agudo notó que su reciente amigo tenía el sombrero en la mano, pero apartó los ojos rápidamente para no verlo, clavándolos en cambio sobre la mesa, cuyos papeles registraba con tenaces miradas.

Ambos se sentaron; Gil junto á la mesa, y Miguel enfrente de Gil. Éste como si estuviera en su casa, y el otro como si estuviera en babia, preguntándose interiormente el primero «¿á qué viene?»; el segundo «¿adónde iba?»

El último fué el primero que tomó la palabra, diciendo:

—Lo veo á V. sorprendido por esta visita ciertamente inesperada, pero creo que me



excusará en cuanto sepa el motivo que me trae.

Miguel se inclinó dispuesto á oirlo todo y á oirlo pronto, mientras Gil, fijando la mirada al parecer indiferente sobre un rollo de papel que habia sobre la mesa, dijo:

—Anoche lo vi á V. jugar con malísima fortuna, y comprendiendo que jugaba V. lo que no tenía, sentí un vivísimo interes por su suerte. ¡Qué demonio! hay simpatías irresistibles, y yo dije: este jóven lleva el pun-donor en el semblante; mas la desesperacion con que juega me induce á creer que no lleva ni un cuarto en el bolsillo, y es cosa averiguada que el dinero ajeno se pierde más fácilmente que el dinero propio, y presentí una catástrofe.

Miguel miraba atentamente á su interlocutor, ignorando adónde iria á parar.

—Desde aquel momento, prosiguió, concebí el proyecto de serle útil y lo acompañé á V. hasta la puerta de su casa; y, amigo mio, no me ha dejado V. dormir ni media hora—y me parece que V. tampoco ha dormido mucho;—y aunque sea adelantar el

juicio, el aire del semblante me descubre que en esa cabeza se esconde alguna diablura, y aquí estoy yo, filántropo por naturaleza y por carácter, resuelto á hacer *el diablo á cuatro* por sacarlo á V. de la trampa en que ha caído.

Nuestro héroe, que no pasaba de ser un hombre como otro cualquiera, respiró animado por un rayo de esperanza, y componiendo su semblante cuanto le fué posible, dijo:

—Hay una desgracia que no tiene remedio, y es la muerte; mas al mismo tiempo, la muerte es el remedio de todas las desgracias.

—Despacio, despacio, señor mio; la muerte puede admitirse como un remedio extremo, como el último remedio, lo cual significa que ántes hay que apelar á todos los remedios.

—Ya sabe V., replicó Miguel, que las deudas del juego son sagradas.

—Lo he oido muchas veces, dijo Gil, metiendo maquinalmente la contera de su baston en el hueco del rollo de papeles que



había arrinconado sobre la mesa. Lo he oído, repitió, pero no acabo de persuadirme. ¿Por qué ha de ser ménos sagrado el dinero que se pide á un amigo que el dinero que se pierde á una sota?..... Pero en fin, convengo en que las deudas del juego son sagradas.

—En ese caso, añadió Miguel, ya comprende V. mi situacion; debo cuatro mil duros.

—Vamos por partes: cuatro mil duros son en efecto cuatro mil duros; no es una bicoca; pero ¿no habrá cuatro mil duros en ninguna parte?

—¿En dónde?..... preguntó Miguel con ansiosa curiosidad.

—Veamos, replicó el buen hombre; pues si V. me ayuda, puede ser que demos en el *quid*.....

Diciendo esto, elevó distraidamente la punta del baston, levantando el rollo de papeles, que suspendido fué escurriéndose por toda la longitud de aquél hasta parar en el puño, donde tenía la mano.

—Veamos, prosiguió; hay que ajustarle la cuenta á la suerte, rebajándole lo que sea

razon. Cuanto más apurado sea el caso, más serenamente hay que mirarlo. Hemos convenido en que las deudas del juego son sagradas; esto es, que hay que pagar ántes el dinero que se pierde que el dinero que se pide; ahora bien, ¿no tiene V. por ahí algun amigo que le preste los cuatro mil duros que debe?

Miguel movió lentamente la cabeza, diciendo:

—Si no hay más recurso que ése, señor Agudo, estamos frescos.

Quedó el buen hombre pensativo, haciendo rodar sobre el baston el rollo de papeles con mano distraida, y al fin dijo:

—¿Y el Duque?

—El Duque, contestó Miguel, no me negaría su auxilio, pero sería una perfidia abusar de su generosidad. ¿Cuándo podría yo pagarle los cuatro mil duros?..... No, eso nunca.

—Comprendo el escrúpulo y lo respeto, añadió Gil, desdoblado distraidamente una de las hojas que formaban el rollo de papeles, en la cual clavó los ojos, añadiendo:



— En ese caso, querido mio, nos queda íntegra la terrible alternativa: ó aprontar cuatro mil duros esta noche, ó colgarse de un pino esta tarde.

— Ni más ni ménos, añadió Miguel.

— Pero advierta V., dijo el otro fijando de nuevo los ojos en la letra manuscrita de la hoja desdoblada, que el suicidio es una cobardía. Usted se mata huyendo de una deuda; esto es, huyendo de cuatro mil duros que no encuentra..... La cosa no puede ser más absurda.

Aunque rápidamente, pasó por la cabeza de Miguel la idea de que se estaba burlando de su desesperada situación, y se puso de pié, diciendo:

— Si es absurda, me parece completamente inútil discurrir más acerca de ella.

Con una sonrisa llena de bondadosa dulzura, exclamó Gil:

— Ah, querido jóven, no se dé V. tanta prisa por dejar la vida, porque empiezo á concebir sérias esperanzas de que podemos salvarnos.

— ¡Salvarnos! ¿Y cómo?.....

Entónces el buen hombre sacó del baston el rollo de papeles, y con la mayor gravedad dijo:

— ¿Cuánto quiere V. por estas veinte cuartillas manuscritas que tengo en la mano?

Miró Miguel el rollo de papeles, y frunciendo el entrecejo, estuvo á punto de plantar á su amigo en la puerta de la calle, mas se contuvo, y dándose una palmada en la frente, exclamó:

— Ah..... sí, es el original de *Los cencerros tapados*.

— Justo, añadió Gil, apretando el manuscrito entre sus manos.

— Esas cuartillas no son mias. Se quedaron olvidadas sobre la mesa cuando corregí el artículo, y en rigor pertenecen á la imprenta.

— Esto, en rigor, replicó Gil, ya no pertenece á nadie; es del que lo tiene, como es mia la piedra que cojo en el arroyo miéntras la tenga en la mano. Esto es de usted á clavo pasado..... es un original anónimo, y por consiguiente, no tiene dueño; en este caso, como en otros muchos, la posesion es



la propiedad. En las redacciones de los periódicos no se conservan los originales, porque una vez que se imprimen y se publican ya no tienen uso ninguno, y los tiran ó los rompen. Pero si V. quiere que estas cuartillas vuelvan á la imprenta me es indiferente, porque el regente me las venderá.

—Esas cuartillas, dijo Miguel reflexionando, pueden valer mucho, si como se dice es autor de ellas un ministro.

—Eso es precisamente lo que yo pregunto; cuánto valen.

Miguel se sentó otra vez delante del buen hombre con aire dudoso y reflexivo, y después de algunos instantes de silencio soltó lentamente estas palabras, como si le costara trabajo pronunciarlas.

—Para mí..... si no valen cuatro mil duros..... no valen nada.

—Yo, exclamó Gil levantándose, doblo la cantidad..... valen ocho mil duros; por consiguiente, cerramos el trato.

—Poco á poco, replicó Miguel, inquieto y pálido..... Con esas cuartillas se puede cometer una estafa.

—Amigo mio, abusa V. de las palabras, y lo veo empeñado en saltarse la tapa de los sesos por cuatro miserables mil duros..... Aquí no hay estafa, ni ante la ley, ni siquiera ante el Diccionario. El Código Penal, que me lo sé de coro, dice textualmente que «estafa el que defrauda á otro en la sustancia, cantidad ó calidad de las cosas que le entregare en virtud de un título obligatorio.» El Diccionario dice, poco más ó ménos, que estafa es sacar á otro dinero ó cosa equivalente, con artificio ó engaño y con propósito de no pagarlo; y por ampliacion, vender en más valor del que sea justo. Ahora bien, ¿cabe aquí ni la estafa legal del Código ni la estafa moral del Diccionario?..... Supongamos que la existencia de estas cuartillas anónimas compromete gravemente á una persona rica, y que por hacerlas desaparecer daría la mitad de su fortuna; pues bien, yo, que las poseo, le hago el favor de venderse las, y asunto concluido. ¿Dónde hay aquí defraudacion de sustancia, cantidad ó calidad? ¿Qué engaño ni qué artificio si las cuartillas son auténticas? ¿Qué valor excesivo, si el



que las compre ha de pagarlas en razon de la necesidad que tenga de ellas? No hay estafa, querido mio, no hay estafa; es pura y simplemente un negocio.

—Será, replicó Miguel, lo que V. dice. Está fuera del Código Penal y del Diccionario, pero es un negocio que repugna á la conciencia.

—Su conciencia de V. es muy singular, dijo el buen hombre encogiéndose de hombros; le repugna un negocio lícito y corriente y va á suicidarse, que es un crimen doblemente condenado por las leyes divinas y por las leyes humanas.

La observacion de Gil era terrible, y Miguel quedó como suspenso entre la vida y la muerte, pero encontró una salida, y se puso de pié, diciendo:

—Mi muerte probará á lo ménos que no he querido vivir deshonorado.

Gil soltó una carcajada y replicó á su vez:

—Bravo; es una hermosa manera de volver por el honor. ¿No puedo hoy pagar una deuda sagrada contraida en el juego?..... pues

bien, sepa el mundo que ademas no quiero pagarla nunca. Me mato para que mi honor no muera, y dejo en testimonio de mi honradez un recuerdo horroroso y una memoria execrable.

En verdad, estas palabras, pronunciadas con acento de profunda ironía, no tenían vuelta de hoja, y nuestro héroe no supo qué contestar.

El otro prosiguió diciendo:

—A lo ménos quítese V. la vida heroicamente, sepúltese V. en la oscuridad del trabajo..... mine V. el mundo con la fuerza de su inteligencia ó con la fuerza de sus músculos; no coma V., ni duerma, ni viva hasta haber adquirido la suma que debe. Si apela usted al suicidio, sea un suicidio honrado.

Miéntas hablaba así, Miguel se paseaba agitadamente. Lo que aquel hombre le proponia era sublime pero espantoso; era morir sin dejar la vida.....

De pronto se volvió exclamando:

—Hé ahí una perspectiva que me espanta más que la misma muerte.

—Entónces, replicó el buen hombre, no



le queda á V. más recurso que aceptar la fortuna que se le entra por las puertas.

—Sea, gritó con furiosa vehemencia; yo queria quitarme la vida, y V. quiere quitarme mi propia estimacion..... El suicidio es un crimen, y lo que V. me propone es una infamia; huyo de Scila para caer en Caríbdis..... Esta noche cumpliré como un caballero y me miraré á mí mismo como á un miserable.

El Sr. Agudo se puso de pié y sacó su reloj tranquilamente.

—Son, dijo, las once y media dadas. ¿Dónde nos veremos á las tres en punto?

—A las tres en punto, contestó Miguel, estaré yo en casa del Duque.

Dió esta respuesta casi maquinalmente y volviéndole la espalda para abrir los cristales de la ventana, porque necesitaba aire: sentia el ardor de la calentura y el frio del insomnio.

Al ruido que hicieron al abrirse, se dibujó en los cristales de enfrente la cabeza de Magdalena, y Miguel fijó en ella los ojos..... La vecina estaba seria, más bien

triste; pero sus labios le enviaron una sonrisa y sus ojos una mirada; habia en la mirada reconvencion y en la sonrisa agradecimiento.

A Miguel le pareció más hermosa que nunca; tal vez porque estaba á punto de perderla para siempre; tal vez porque habia pasado tres dias sin verla; tal vez porque estaba, en efecto, más hermosa, ó porque resplandecia la imágen de la bella costurera en el fondo oscuro de su pensamiento como un rayo de sol en el fondo de una nube.

Aquella mirada y aquella sonrisa semejantes al arco iris, habian empezado á disipar las tempestades de su corazon, apaciguando el tumulto de sus ideas y rasgando las sombras de sus ojos.

—¡Ah! exclamó entre sí..... ella trabaja y yo me deshonro..... No, no será.

Y con ademan enérgico, como si hubiera adoptado una resolucion firme é invariable, se volvió para pronunciar alguna palabra definitiva, pero se quedó con la boca abierta, sin tener á quién dirigirse. Estaba solo; A. Gil



y Agudo habia desaparecido sin despedirse.

El jóven hirió violentamente el suelo con el tacon de la bota, se arrojó sobre la mesa y buscó con ánsia el original del artículo inútilmente, porque el buen hombre no lo habia soltado de la mano..... Se creyó víctima de una traicion infame..... lo habian sorprendido, le habian robado aquel manuscrito misterioso que no era suyo.....

Hacia un minuto que aquel extraño personaje estaba allí. ¡Oh!..... áun podia alcanzarlo..... arrancarle las cuartillas y llevarlas á la imprenta.....

No vaciló ni un instante, cogió el sombrero y se lanzó á la escalera, seguro de que encontraria al hombre que acababa de sorprenderlo.

En esto se equivocaba, porque contemplando á Magdalena se le habia ido algo más de un minuto.

La señora Gertrúdis lo sintió bajar como un torbellino y lo vió desaparecer en la calle como una centella.

Entónces salió á la puerta y lo vió que iba por la acera, no andando, sino corriendo.

Volvióse á la portería, cogió la llave del cuarto y subió la escalera tan deprisa como Miguel la habia bajado.

En seguida penetró en la habitacion, y sus miradas empezaron á interrogar á cuantos objetos se presentaban á su vista, ansiosa de sorprender en ellos el secreto de su huésped.

Al ver la cama intacta se estremeció diciendo :

— ¡Válgame Dios! no ha dormido.

Al ver el desórden en que se hallaban los muebles, dijo :

— ¡Qué habrá hecho!.....

Y al ver la carta que habia quedado sobre la mesa murmuró :

— Hola..... ha escrito.

Cogió la carta, leyó el sobre y un rayo de alegría iluminó su semblante..... Sin embargo, se restregó los ojos como el que no está seguro de ver bien, y casi deletreando volvió á leer :

« Pa.....ra..... Mag.....da.....le.....na.....

Dió un salto vigoroso, como si hubiera salvado un abismo, y repitió tres veces :



—Es para ella, es para ella, es para ella.  
Y añadió:

—Vamos, ya está comprendido el misterio..... esas ausencias son celos..... ese lujo lo habrá sacado el pobrecillo del centro de la tierra para agradarla..... para darle en los ojos....

Con la carta en la mano se acercó á la ventana, y divisó á Magdalena, que todavía estaba detras de los cristales.

Verla y hacerle una seña, todo fué obra de un momento.

Magdalena comprendió que tenía algo que decirle y adelantó su risueño semblante hasta tocar con la barba en la superficie del cristal.

Este movimiento era una pregunta que queria decir:

—¿Qué es?.....

Así por lo ménos debió entenderlo la señora Gertrúdis, pues con un gesto sumamente expresivo alzó el brazo y le enseñó la carta.

---

## CAPÍTULO XI.

El Jefe de la policía secreta.

Las antesalas del ministerio de la Gobernacion estaban llenas de pretendientes, y los despachos de los directores y de los oficiales de la secretaría estaban llenos de diputados, viéndose el Ministro cogido entre los primeros, que pretendian segun sus méritos, y los segundos, que pedian segun su influencia....

Claro está que los últimos se lo llevaban todo, no dejando nada á los primeros, porque es práctica parlamentaria que el diputado ministerial tenga parientes, amigos y paniaguados en número inagotable, á los que es preciso tapar la boca con jirones del presupuesto, para que el diputado pueda abrir la suya y votar con el Gobierno.